

***APRIL 17, 1961 - APRIL 17, 2021***

***Remembering the Bay of Pigs Invasion.***

***A story from the book***

***WITH A CUBAN SONG IN MY HEART / Con una canción cubana en el corazón.***

***By Iván Acosta***

***The mercenaries and traitors have landed, but our glorious revolutionary army is winning. Fatherland or death this was the slogan that proclaimed a Cuban victory.*** It was broadcast repeatedly on national radio all over the island. It was April 17, 1961. Accompanied by the Riverside Orchestra, Tito Gomez was singing "Vereda Tropical." They played the song more than ten times that day. Around 10:30 a.m. I went with Uncle Nené to the bus terminal, for he was returning to Santiago de Cuba. That was the last time I saw him. The streets looked empty early in the night. Only military vehicles and buses full of detainees were in the streets. I returned to the restaurant where I worked, on Carlos III and Infanta Avenues. Bonifacio was a bus inspector who always stood on that corner; he came close to me and literally whispered: "The boys are here." I could see the inner turmoil reflected on his face, although no one let their feelings show for fear of being arrested. We were in the midst of very difficult times. Two minutes later, two militia trucks stopped in front of the restaurant. They went in with a belligerent attitude, and one of them yelled: "No one move!" Everyone remained silent. The militiamen arrested all the restaurant employees at gunpoint. I was hiding under the counter from where I could see what was going on. Suddenly, I felt a pistol in my face and heard its owner, a black miliciano, say: "Get out of there, worm!" The weapon was a 45 caliber pistol. They loaded us onto a meat truck that smelled rotten and was full of flies. The truck stopped after a twenty-five minutes, and we heard people yelling: "Down with communism, the invaders are here." They forced us off the truck still pointing the machine guns at us, as if we were the invaders. I was scared and confused. They searched us one by one, and brought us into the sports arena, a huge stadium built for the people. Ironically, the people in there were kept under lock and key: women; rebel soldiers stripped of their weapons; bus drivers; clergymen; even children with their mothers. An evangelical minister stood up and started to pray out loud.

A soldier struck him down hard with the back of his machine gun, silencing him. An engineer who had been a rebel commander now also under arrest-made a fast assessment of the situation, and told us we were among twenty thousand innocent souls imprisoned in the arena.

*At seventeen, I was the youngest among the six thousand men detained in the ditches that made up Morro Castle's moat, across the Havana skyline.*

*April 20th* marked the third day without food. By then, three of the men had died from thirst and sunstroke. Over the fortress loud speakers, authorities kept repeating military reports such as: "The Yankee imperialist invasion with the help of its mercenary worms has been defeated by our heroic naval forces, under the leadership of our Commander-in- Chief, our top leader..." More than 150,000 soldiers and militia were deployed to fight the thousand or so invaders that were left to their own fate by orders from the White House. By April 24th, the invasion had been totally defeated. They began releasing prisoners slowly. Five men had died without medical assistance. We had slept on top of stones and sand for eight days. Some of us managed to eat twice in all that time. We had to push hard against one another to get a sip of water from a watering hose that was turned on thirty feet above us. One of the corners of the moat that became an improvised toilet, showed blood stains from all those killed at the fatidic firing wall. I found a piece of charcoal and jumped to a reef to write on the old wall a line that came to mind: "Since the precarious situation I'm under doesn't allow me to prove that God exists, that is proof in itself that He does." I didn't know if the applause that followed, coming from a few prisoners, was for me or for my heroic deed. They let me go the next day. My father was among the hundreds of faces that waited outside for the release of their loved ones. Two restaurant employees, my dad and I took a taxi back home. En route, we saw several milicianos putting the final touches on a huge poster on one of the fortress walls. It read: Death to the Invader - Cuba, First Socialist Country in America. With a pained look on his face, the driver said: "We have to leave Cuba, or we have to stay and die fighting." No one uttered a word. He refused payment, but kept on driving. We traveled the rest of the way in silence, listening to the radio. First the "Queen of Guaguancó", Celeste Mendoza, followed by Colombian, Nelson Pinedo, singing with the Sonora Matancera Orchestra I'm Off to Havana and Ain't Coming Back.

**17 de abril, 1961. 17 de abril 2021**

***La invasión de los mercenarios y vendepátrias ha llegado, pero nuestro glorioso ejército revolucionario está venciendo. Patria o Muerte. ¡Venceremos!”.***

*Esto lo repetían cada cinco minutos por todas las emisoras de radio en cadena a través de la isla. Era el 17 de abril de 1961. Tito Gómez acompañado por la Orquesta Riverside cantaba “Vereda Tropical”. Repitieron la misma canción más de diez veces. Como a las 10:30 a.m. acompañé a mi tío Nené hasta la terminal de ómnibus, ya que él regresaba para Santiago de Cuba. Esa fue la última vez que lo vi. Ya las calles comenzaban a lucir desoladas. Sólo se veían vehículos militares o guaguas y camiones repletos de personas detenidas. Al regresar a mi trabajo, en el restaurante Las Avenidas, de Carlos III e Infanta, Bonifacio, un inspector de ómnibus que siempre estaba parado en aquella esquina, se me acercó y comentó en voz baja: “Ya llegaron los muchachos”. Se le veía la emoción reflejada en los ojos, cosa que no podía exteriorizar, pues vivíamos momentos difíciles. No pasaron dos minutos cuando vimos, frente al establecimiento, dos camiones de milicianos. Entraron al restaurante en táctica de combate y uno de ellos gritó: “Todo el mundo quieto”, y todo el mundo quieto se quedó. Después sacaron a todos los empleados, a punta de pistola. Yo me había agachado detrás del mostrador y desde allí lo presenciaba todo, cuando de repente, me dí con una pistola calibre 45 apuntándome a la cara. Un miliciano negro portaba el arma, y me dijo: “Sal pronto de ahí, gusano de mierda”. Nos montaron en un camión de carne, con peste a carne podrida y lleno de moscas. Viajamos por unos veinticinco minutos; cuando el camión paró, se escucharon unos gritos que decían: “¡Qué vivan los invasores, abajo el comunismo!”. Nos bajaron del camión, apuntándonos con las ametralladoras, como si nosotros fuésemos los invasores. Nos registraron uno a uno, y nos metieron a todos en el edificio de la Ciudad Deportiva, un enorme estadio que fue construido para el pueblo, e ironicamente, ahí estaba el pueblo, pero encarcelado. Allí había mujeres; soldados rebeldes desarmados; choferes de guagua; sacerdotes; y hasta niños acompañando a sus madres. Un ministro evangélico se paró y comenzó a orar en voz alta, hasta que un miliciano se le acercó por detrás y lo silenció con un fuerte culatazo de rifle por la espalda. Un ingeniero, comandante rebelde, que también estaba arrestado, hizo un cálculo, y nos dijo que allí había alrededor de veinte mil almas inocentes.*

*Mis 17 años me hacían el más joven de los seis mil hombres detenidos en los fosos de El Morro, frente al litoral habanero. El 20 de abril llevábamos tres días sin ingerir ningún tipo de alimento. Ya había tres muertos de sed e insolación. El fuerte altoparlante de la fortaleza transmitía los partes militares: “La invasión de los gusanos mercenarios del imperialismo yanqui, ha sido derrotada por nuestras heroicas fuerzas armadas revolucionarias, lideradas por el comandante en jefe, nuestro máximo líder...”. Habían movilizado a más de 150,000 soldados y milicianos para luchar contra mil y pico de invasores que habían sido abandonados al garete por orden de la Casa Blanca. Para el 24 de abril, la invasión había sido totalmente derrotada. Comenzaron a liberar a los detenidos. Habían muerto cinco hombres sin asistencia médica. Llevábamos ocho días durmiendo sobre piedras y arena. Algunos habíamos logrado comer dos veces. Y a base de empujones, se luchaba para lograr un sorbo de agua, lanzado por una manguera a unos 30 pies de altura. En un rincón de los fosos, que se había usado como letrina improvisada, aún manchado de sangre se encontraba el fatídico paredón de fusilamientos. Me encontré un trozo de carbón, y desde una roca de arrecife pude escribir sobre el antiguo paredón una frase que me vino a la memoria: “La imposibilidad en que me encuentro de probar que Dios existe, me prueba su existencia”. Varios presos me aplaudieron, no sé si por la frase o por mi hazaña. Al medio día me soltaron. Afuera, entre cientos de rostros esperando a sus seres queridos, se encontraba mi papá. Dos de los empleados del restaurante y nosotros tomamos un carro de alquiler para que nos llevara de vuelta a casa. Por la carretera podíamos ver a unos milicianos terminando de pintar un enorme letrero sobre uno de los muros de la fortaleza: “Muerte al agresor - Cuba primer país socialista de América”. El chofer no nos quiso cobrar. Con el rostro apenado nos dijo: “De aquí hay que irse o hay que morir peleando”. Nadie dijo ni pío. Continuamos el viaje en silencio, escuchando en la radio a “la reina del guaguancó”, Celeste Mendoza y luego al colombiano Nelson Pinedo con la Sonora Matancera cantando “Me voy pa'la Habana y no vuelvo más”.*